

A los 21 años la escribió.—

# Don Eusebio Lillo y la Canción Nacional

Por Alex Varela Caballero

da por la Sociedad Filarmónica de Santiago para conmemorar las fiestas patrias.

La música de Carnicer, la quinta (la argentina, la de Ravanete, la de Robles, la de Lafinur y ésta) se ha conservado hasta ahora inmodificada.

Es una música llena de marcialidad, de movimiento, de armonía, que justifica sobradamente tan larga supervivencia (149 años).

Pasaron entretanto, los años. Las buenas relaciones diplomáticas quedaron, por fin, anudadas después que los rencores y los recelos se desvanecieron. Chile era ahora amigo de España.

Fueron muchos, entonces, los que pidieron al gobierno el cambio de la letra de la Canción Nacional del Dr. Vera y Pintado por considerarla ofensiva para España, amen de que el pueblo chileno aparecía en ella como descendiendo exclusivamente del pueblo araucano, sin una gota de sangre hispana, la sangre "blanqueadora de razas" como dijo un buen orador chileno.

El gobierno de Don Manuel Bulnes consideró razonable esta aspiración y le pidió a un poeta precoz, Eusebio Lillo, que tomase a su cargo la responsabilidad de escribir el nuevo texto poético. Tenía solo 21 años y aceptó, la honrosa y difícil misión, pese a no ser un partidario de Bulnes sino más bien su adversario.

Pasó los borradores a Don Andrés Bello, Rector entonces de la Universidad de Chile, y maestro indiscutido de la juventud estudiosa. Bello corrigió algunos de los versos, que eran tanto o más ofensivos que los de Vera y Pintado, si bien dejó pasar otros como estos: "De tres siglos lavamos la afrenta/ combatiendo en el campo de honor".

El 17 de septiembre de 1847 "El Araucano" publicaba la nueva Canción Nacional, previamente aprobada por el Ejecutivo.

Halló, de inmediato, gran acogida en el público. Sus versos dodecasílabos eran cadenciosos y además de memorización fácil. Tampoco faltaban toques descriptivos del país, en su realidad física, no exentos de belleza.

De la de Vera y Pintado se conservó el coro inicial: "Dulce Patria, recibe los votos con que Chile en tus aras juró:/ que o la tumba serás de los libres/ o el asilo contra la opresión".

Se le hacía, sin embargo, el reproche del "contra", argentinismo evidente que suena mal. De ahí que el propio Lillo propusiese sustituir también el coro por el siguiente: "Libertad, invocando tu nombre, la chilena y altiva nación/ jura libre vivir de tiranos/ y de extraña, humillante opresión".

Pero la innovación no prosperó, como tampoco la sugerida, años más tarde, por Don Eduardo de la Barra: "Dulce patria, recibe los votos/ con que el pueblo en tus aras juró:/ sé la tumba de nobles guerreros/ o una libre y altiva nación".

En lo que no hubo, en cambio, innovación, como ya se dijo antes, fue en la música, puesto que la de Carnicer no fue dejada de lado y es todavía la que actualmente se entona.

La nota relevante de esta breve historia, desconocida por muchos u olvidada por otros tantos, es, por cierto, la extrema juventud del poeta Lillo, de quien siempre se ofrecen retratos tomados en sus años viejos y no en los juveniles, cuando el poeta de las flores (las rosas, los claveles, los juncos, las violetas, los nomeolvides) y de las mujeres (fue un formidable Don Juan) tuvo el bello gesto de aceptar el pedido de un gobernante que no era varón de sus afecciones, para que le diese a Chile el texto de una nueva Canción Nacional, gesto que debe ser calificado igualmente honroso de parte de Bulnes, un gobernante militar de mente amplia y espíritu eminentemente nacionalista, nunca aprisionado entre las telarañas del partidismo.

La misma observación podría hacerse, por otra parte, en el caso de Don Pedro Félix Vicuña, un "joven algo alocado", según las gentes de su tiempo, que tuvo, sin embargo, el acierto de fun-

dar "El Mercurio" de Valparaíso, varón conocido sólo por sus retratos de madurez, como el de Monvoisin, por ejemplo, que lo muestra con sus cabellos canos, sus patillas abundantes y un comienzo de calvicie que son la antítesis del fresco rostro juvenil.

Agreguemos ahora, para completar el cuadro, algo sobre la personalidad y la existencia de Lillo.

Fue hijo de Don Agustín Lillo, descendiente de un funcionario de la Colonia y de Doña Dolores Robles y Alvarez de Toledo y nació en Santiago el 14 de agosto de 1826, cuatro meses antes de que sus padres se casasen.

Estudió en el Instituto Nacional, donde tuvo por compañeros a hombres de primer plano como Don Diego Barros Arana, Don Ramón Sotomayor Valdés, Don Ambrosio Montt Luco y los hermanos Joaquín, Guillermo y Alberto Blest Gana.

Según Don Miguel Luis Amunátegui Aldunate, no fue un alumno aplicado ni distinguido, pero sí, en cambio, un tremendo devorador de libros ("leía más que todos sus compañeros juntos"), un versificador fácil y un comerciante en ciernes, ya que compraba libros que, leídos, los rifaba entre sus compañeros, ganándose algunos reales que no le venían mal porque el padre había muerto y la madre pasaba sus apuros. Sus profesores lo calificaron de "joven de pocas ideas, pero de mucha sensibilidad y emoción".

El diagnóstico quedó, a poco andar, confirmado, puesto que Lillo, a los 18 años y siendo todavía alumno secundario, leyó en los funerales de Don José Miguel Infante (1844) un canto fúnebre a su memoria que le dio cierta notoriedad. Se repitió, así, a la distancia, el caso de Zorrilla en los funerales de Larra.

Quiso estudiar más tarde Derecho, pero su situación económica no se lo permitió.

Se consagró, entonces, al periodismo, escribiendo en "El Siglo", "El Crepúsculo", "El Progreso", "El Timón", "La Barra", "El Amigo del Pueblo", "La Revista de Santiago" y otras publicaciones volanderas. Lo que más publicó fueron versos.

Lastarria lo hace entrar en sus "Recuerdos Literarios". El protestó, alguna vez, de esa inclusión: "No sé por qué Lastarria me ha metido en sus "Recuerdos Literarios", porque yo jamás pertenezco a ninguna de sus sociedades literarias".

Como poeta, no fue ninguna notabilidad, un simple imitador afortunado de Espronceda y de Zorrilla.

Dotado de un agudo sentido de la auto crítica, se negó siempre a recoger en un volumen o en varios su abundante producción lírica, a la que puso término antes de los cuarenta años.

Participó, en cambio, activamente en política, afiliado al Partido Liberal, entonces revolucionario y demagogo.

En "El Amigo del Pueblo" combatió a Bulnes y luego a Montt. No aceptaba la restricción de las libertades públicas so capa de asegurar el orden y la paz y el desarrollo de las nacientes instituciones republicanas.

En "La Barra", redactada por Manuel Bilbao, hermano de Francisco, hizo propaganda a la Sociedad de la Igualdad e incitó al pueblo a sublevarse.

Lo destituyeron de su modesto empleo de Oficial 2° de la Oficina de Estadísticas (allí lo reemplazó otro periodista, eminente esta vez, Manuel Blanco Cuartín) y lo confinaron, más tarde, a Chiloé, junto con Lastarria, Zapiola y el futuro Presidente Federico Errázuriz Zañartu, con quien compartió la celda. En Castro, según su propia confesión, "lo pasó muy bien".

Expirado el plazo del estado de sitio, regresó a Santiago.

Peleó en Loncomilla y fue derrotado. Un Tribunal Militar lo condenó a muerte. Escapó con suerte y se fue a Lima, donde tuvo innumerables líos

amorosos.

Cuando volvió otra vez a Santiago, se enredó con una bella mujer, de gran familia, Doña Mercedes Luco Herrera, "en quien tuvo varios hijos, pero con quien no casó jamás, porque Lillo no creía en el matrimonio "ni en ninguno de los siete sacramentos de la Iglesia". La amaba, sin embargo, entrañablemente.

En 1861 fue partidario de Pérez y lo acompañó en una gira presidencial al sur. De esa gira ha quedado esta anécdota deliciosa.

Llegó al final de uno de los almuerzos y fue, naturalmente, aclamado. Se le pidió que hablase y expresara en verso sus impresiones acerca del almuerzo, entre cuyos comensales había tres personas importantes, pero de rostros deformes. Alguien se opuso en voz alta a que lo hiciese, alegando que como le faltaban hasta las pestañas seguramente no veía nada.

Picado en su amor propio, improvisó entonces esta décima picaresca, dando rienda suelta a su facultad más afortunada:

"Veó que en el techo topa  
la tapa de la botella  
y que el Edecan Orella  
ha derramado la copa.  
Veó que antes de la sopa  
se brinda aquí con champaña.  
Veó las caras extrañas  
de Izquierdo, Concha y Labbé.  
Esto es lo que Lillo ve  
aunque le faltan pestañas".

Como el periodismo no daba para comer, se fue a La Paz (Bolivia) en busca de un trabajo más lucrativo. Se hizo agente de Meiggs e intercedió en su favor ante el caudillo bárbaro Mariano Melgarejo para que le otorgase el privilegio de la explotación aduanera. Fundó un banco. Y obtuvo, finalmente, una concesión para la construcción de un ferrocarril entre La Paz y Argache, uno de los puertos del Lago Titicaca, concesión que luego enajenó. Adquirió, en estos negocios, una importante fortuna, aunque estuvo en un tris de perder la vida porque al ir a despedirse de Melgarejo, le rehusó una invitación a una francachela, en casa de su favorita, y hasta se permitió darle consejos morigeradores. "Fusílenlo inmediatamente", ordenó Melgarejo, con los ojos saltados de furor. Su sangre fría lo salvó. Y es que Melgarejo reaccionó de inmediato, le estrechó la mano y le expresó que era el único hombre sereno y valeroso que había encontrado en su camino.

De regreso, una vez más, a su país, fue elegido en 1870 miembro de la Facultad de Filosofía y Humanidades. Pero no se incorporó, sin embargo, a ella. Era un chileno totalmente quitado de bulla.

Lo mismo le ocurrió en 1876. El Presidente Don Anibal Pinto, amigo y compañero suyo de luchas políticas, lo designó Intendente de Curicó. Estuvo allí poco más de seis meses y renunció al cargo. No le agradó la vida provinciana.

Redactor de "El Ferrocarril", fue enviado por el diario como corresponsal a Antofagasta porque acababa de comenzar la Guerra del Pacífico. Como tenía buenos amigos en Perú y Bolivia, Pinto le pidió que viajase a La Paz a entrevistarse con el Presidente Hilarión Daza a ver si lo convenía de que rompiera la alianza peruano-boliviana suscrita en 1873. Su gestión no tuvo, naturalmente, éxito.

Lo designó luego Secretario de la Escuadra, donde prestó útiles servicios, porque suavizó las asperezas producidas entre los civiles, conductores de la guerra, y los jefes del Ejército y de la Marina. Fue decisiva su intervención para el relevo de Williams Rebolledo, reemplazado por Riveros.

En junio de 1880 Pinto lo nombró Ministro de Guerra y Marina, sin haberlo consultado. Lillo rechazó la designación, aunque le aceptó otras: la de oficial de enlace entre las dos ramas de las

Fuerzas Armadas y la de jefe político de Tacna y Arica.

En 1882 fue elegido senador por Talca. Abandonó su residencia de Tacna y se incorporó al Senado, del que fue Vicepresidente. En el Senado no abrió la boca. Al término del periodo se negó a la reelección.

Santa María le ofreció el Ministerio del Interior, pero tampoco se lo aceptó.

En 1884 estuvo nuevamente en La Paz, a reclamar el pago de algunas indemnizaciones de guerra a favor de unos chilenos amigos suyos. Le fue bien y volvió a Chile en la compañía de Don Aniceto Arce, primer Ministro boliviano acreditado ante la Moneda después de la guerra.

En 1886 Balmaceda lo llevó al Ministerio del Interior y en tal carácter presidió unas elecciones municipales que fueron famosas por su corrección.

Al año siguiente organizó el Museo de Bellas Artes y luego viajó a Europa, tras rechazar el cargo de Ministro de Chile en Madrid que le ofreció Balmaceda.

Visitó cuanto lugar artístico de interés encontró en el Viejo Mundo. De este viaje trajo cuadros, cristales, porcelanas y objetos finos, seleccionados con su exquisito gusto artístico.

Cuando estuvo de vuelta ya había comenzado la guerra civil, que para él no tenía sentido.

Seguro de su lealtad inquebrantable, Balmaceda le confió su testamento político para que lo hiciera llegar a sus destinatarios: Don Claudio Vicuña Guerrero y Don Julio Baños Espinoza.

Quedó muy apenado con el dramático fin de Balmaceda y aunque hizo protestas de alejarse definitivamente de la política que le había proporcionado mucho menos satisfacciones que las mujeres que tan apasionadamente amó, todavía presidió en 1896 la Convención Liberal que proclamó candidato a Don Vicente Reyes y formó parte del Tribunal de Honor creado a raíz de esa elección, en la que don Federico Errázuriz Echauriz aventajó a Reyes apenas por uno o dos votos.

Después se retiró a su amable casa-quinta de la Calle Chacabuco, en el barrio Yungay, de la que no habría de volver a salir hasta su fallecimiento, ocurrido el día 15 de julio de 1910, asistido en sus males cardíacos por su hijo, el médico Elias Lillo Luco.

Se sentía muy solo: la madre de sus hijos había muerto hacía algunos años mientras éstos habían puesto casa aparte.

En 1905 lo entrevistó Don Carlos Silva Vildósola. Estaba viejo, pero todavía hermoso. "Era un caballero—añotó el gran periodista— que bien podía vestir todavía el frac de los románticos, alto de cuerpo, cabeza llena de vigor, echada atrás en ademán algo altivo, pero con la más franca y amable mirada de anciano".

Se negó a hacer declaraciones.

"Caballero—le dijo— mi casa entera es suya. Mis cuadros, mis libros, mis papeles están a su disposición. Aleje mi persona. Si no hubiese pasado los setenta años no sería una curiosidad como parezco serlo en este momento. Yo he muerto, enténdalo bien, he muerto. Deseo que todos me olviden y no necesito poner gran esfuerzo en esto, porque realmente me han olvidado. Deseo que me olviden hasta... las mujeres. Mi casa está sola. Yo vivo sin nadie en ella y mis pasos sueñan sin eco en el jardín. Puede volver cualquier día, a toda hora, pero a ver mis acuarelas, mis óleos, mis pasteles, mis muebles y no a ocuparse de mí. "Y sonreía bajo el sol de su jardín, lleno de un escepticismo bondadoso" (Carlos Silva Vildósola, "Retratos y recuerdos", p. 27).

"Sus funerales fueron apoteósicos, no obstante el encargo del autor del Himno Nacional de que le enterraran de noche. Se le rindieron honores de General de División. Representantes de los poderes del Estado y de las corporaciones académicas y literarias pronunciaron en el Cementerio elogiosos discursos" (Fidel Arana Bravo, "Crónicas del Barrio Yungay", p. 193).

"Lo único perdurable del romántico cantor de las flores y de los amores juveniles, admirado por nuestras bisabuelas, es la Canción Nacional de Chile. Sus estrofas, con bellas descripciones de esta tierra, interpretan los sentimientos patrióticos del pueblo que las canta y las seguirá cantando emocionado. Basta la Canción Nacional para inmortalizar al viejo e ilustre vecino de Yungay" (el mismo autor, p. 194).